

CULTURA GITANA Y REALIDAD SOCIAL

Vivimos bajo el ojo de los gachós. El vivir así condiciona nuestra realidad y nuestra situación social. Son ellos los que nos marcan el rumbo, el norte. Y, nosotros, a remolque vamos, a donde nos lleven. A expensas de la cultura mayoritaria, ser gitano es cada día más difícil y problemático y parece que no tenemos más alternativa que acomodarnos en la marginación y en la pobreza o al fin y al cabo, adherirnos a otras pautas, a otras normas, a la otra cultura. Claro está que podemos resistirnos y así sentimental y emocionalmente considerarnos gitanos cuando nos reconocemos entre nosotros, en familia, cuando ocurre el cante... y poco más. Sin vida comunitaria, dispersos, luchando por la supervivencia y sin conciencia colectiva, como perdidos y sin saber de donde venimos ni, mucho menos, a donde vamos.

Deambular sin rumbo cierto para una cultura es algo arriesgado, cuando no temerario. Y es que nuestra identidad no ha estado para nada guiada por la preeminencia del pensamiento, de la reflexión ni de una racionalidad que nos articule, que vertebre la mínima y necesaria cohesión de la colectividad gitana. Vivimos así, como plegados sobre nosotros mismos intentando aguantar los tirones de una sociedad que evoluciona vertiginosamente, en un mundo turbulento y expansivo, en el que quizás nos disolvamos si no oponemos algunas acciones conforme a normas reflexivas y deliberadas. Pues una cultura no se sostiene sólo de costumbres, de valores o de sentimientos; también hacen falta ideas para enriquecerla o defenderla, para que en todo momento mi cultura, mi ser gitano impregne a la vez mi pensamiento más elevado y los gestos más sencillos de mi existencia cotidiana.

Con todo, y sin embargo, se puede pensar que hasta ahora la cultura gitana ha sobrevivido, que hemos sobrevivido y que así va a seguir siendo. También se puede opinar lo contrario: que ya no quedan gitanos. O que los pocos que hay se acabarán. Las dos opiniones tienen su razón de ser desde nuestro esencial y probablemente común carácter sentimental y nostálgico, constituido fundamentalmente por algunas normas morales y de conducta heredadas de nuestros mayores, entre las que hay que distinguir, dicho sea de paso, aquellas que son básicas de nuestra cultura de las que son espúreas y que se han adoptado como consecuencia del subdesarrollo social y económico mayoritarios al que nos vemos sometidos. Quiero decir que debemos aceptar que en nuestra cultura hay prejuicios e ignorancia también y que no debemos elevarlos al rango de fundamento de nuestra identidad cultural.

Debemos ir considerando desde ahora el modo y la forma de ir buscando el rendirnos cuentas a nosotros mismos porque no podemos permitir por más tiempo el que desde otra cultura y desde otra realidad nos digan lo que fuimos, lo que somos y lo que debemos ser. Nuestra inconsciencia histórica nos hace vulnerables y fácilmente manipulables. Si acaso, lo más granado de nuestra conciencia colectiva sea nuestra marginación, nuestro "ser de otra manera". Y sin embargo, estos y otros pocos rasgos parecen que han sido o son suficientes para nuestra permanencia en nuestro ser gitanos. Nos reconocemos y nos reconocen como tales. Pero, ¿qué es lo que nos reconocen? y, ¿cómo nos reconocemos?. Dicen que somos gitanos por que lo parecemos: tenemos la tez oscura, el pelo endrino y porque somos pobres...

fundamentalmente. Nos reconocemos porque somos de tal o cual familia, porque afirmamos serlo o porque nos gusta o ejercitamos el cante y el baile... Aunque añadamos algunas características más, la incoherencia, la heterogeneidad o, incluso la inconsistencia de los rasgos definidores del "ser gitano" es evidente, se mire por donde se mire. La confusión y el desacuerdo sobre lo que es ser gitano es notable entre nosotros. Y, con todo, nos gloriamos de ser gitanos aunque, también somos conscientes de la poca o negativa consideración que la mayoría social nos tiene. De este modo y, como ejemplo, diré que si uno va sucio, desarrapado, malvive, "parece gitano" o "es gitano"; si va aseado, vive bien o muy bien, no se "sospecha que sea gitano" o, peor, "no es gitano", aunque este individuo lo sea o se confiese gitano. Se nos identifica, por la mayoría social, en función de nuestro grado de pobreza o de marginación. Así que, entre nuestra autoestima y el desprecio ajeno reside nuestra débil identidad, como individuos y como colectivo.

Probablemente hubo un tiempo en el que nuestra cultura fue más definida o diferenciada o más cohesionada. Pero hoy la cultura gitana, si es, es una cultura larvada; y, por tanto, enquistada por intrascendida, es decir, que no hay ni ha habido ningún modo propio que la vehicule que vaya más allá de la transmisión oral. Tampoco, si exceptuamos el excelso fenómeno del cante, poseemos productos patrimoniales de nuestro espíritu y de nuestra cultura que puedan ser equiparables a los de otras culturas (una literatura, una religión...) Se señalan como integradores del sistema cultural gitano ciertos mecanismos internos de organización (el linaje, consejo de ancianos), un sistema de valores (solidaridad, sentido providencial...), el idioma (el caló)... No voy a plantear aquí una revisión del grado de adhesión que los gitanos, hoy por hoy, tenemos a esos valores o esa forma de organización o bien si el caló es nuestro vehículo de comunicación cotidiano. Esto sería, pienso yo, un esfuerzo que no cambiaría para nada el resultado: la vivencia en y por esos valores de los individuos y del colectivo gitano, hace ya tiempo que empezó a reducirse, a larvarse como decía, si no es que están en trance de desaparición muchos de estos caracteres. Las razones históricas de esta lamentable situación, de este arrasamiento cultural son hoy ya conocidas por la mayoría, aunque, es importante decirlo, no por la mayoría de nosotros. No somos conscientes de nuestro pasado histórico, somos más bien inconscientes del mismo. La pasividad gitana o, mejor dicho, la impasibilidad, su resignación a lo largo de la historia y ante la política seguida para con ellos o contra ellos ha sido y es proverbial. Así que yo creo que este es uno de los aspectos culturales que hoy podemos constatar entre nosotros: la racial imposibilidad de respuesta colectiva ante la agresión. La sumisión más absoluta, la resignación, el fatalismo... son las respuestas gitanas ante la agresión, la incomprensión y la miseria. No hay una conciencia colectiva y unificadora que nos permita enfrentar nuestra realidad o lo que nos acaece. Constituimos una cultura sin puntos de referencia estables que nos permitan asumir nuestra historia y proyectar nuestro futuro. El factor que constituye nuestra general creencia en la divina providencia, nuestro sentido providencialista de la vida tiene el inconveniente de hacernos insensibles ante el porvenir, e irresponsables también.

Y no obstante, nos sentimos gitanos y, la mayoría, orgullosos de serlo. Por razones difíciles de evaluar (psicológicas, sentimentales...) los gitanos existen y, existimos, Según se considere esto es mucho, y es poco. Pero, ¿es suficiente?. Sobre todo, ¿es suficiente en el marco social, económico y político que hoy vivimos?. Evidentemente no. Nuestra sociedad, la sociedad general en la que

estamos inmersos nos exige como siempre, pero hoy más que nunca, que nos adaptemos a su configuración y estructuras comunes. Y creo yo que no podemos ni deberíamos ir en contra del compás de los tiempos que corren, no debemos dar la espalda a las circunstancias socioeconómicas, políticas y culturales en las que estamos. Nacemos en una sociedad y debemos insertar en ella nuestra acción como individuos que se afirman en su propia cultura y, ésta, la afirman en el marco plural de las distintas culturas que definen nuestro país. Pero esto tiene que partir de nosotros mismos, de la convicción de su necesidad y de la voluntad colectiva y mayoritaria de llevarlo a efecto. Es necesario que los gitanos logremos formarnos o dotarnos de uno de los elementos claves en el progreso y en el desarrollo de todos los colectivos sociales en todas las latitudes: el de nuestra identidad. Debemos asumir nuestra historia y, así, emanciparnos. Debemos, mediante la introspección, mediante el pensar reflexivo, situarnos en la realidad.

Durante siglos los gitanos nos hemos venido reconociendo en una amalgama de características, fundamentalmente modos de vida y actitudes que van desde el rito a la apariencia. Con este bagaje hemos luchado contra el desarraigo que nos han impuesto, es decir contra la fuerza que nos quiere extraer de las costumbres y de los valores de nuestra cultura, por un lado; y por otro, tal vez nos hayamos protegido de la doma, es decir, de la inculcación de los valores de la otra cultura. Pero, en realidad, lo que ha ocurrido es que ante el "proselitismo", ante el empeño, ante la opresión de la cultura dominante y, también ante la represión que se nos imponía, la cultura gitana se ha "disfrazado" con la aceptación aparente a modo de autodefensa; aunque de tanto fingir ser "otros", hemos dejado mucho de nosotros mismos. Nos hemos vaciado para resistir, con más capacidad de maniobra, el impacto de la cultura dominante. Y lo hemos hecho a lo largo del tiempo sin reflexionar algo sobre los elementos que nos quedarían para nosotros, para seguir siendo gitanos. Quiero decir que hemos permanecido, de resultas, con una identidad cuyo concepto apenas hemos fraguado nosotros. Han sido los otros, los no gitanos los que en puridad nos han "identificado". Los estereotipos en los que se ha fraguado nuestra identidad y nuestra cultura nos han sobrevenido y nos han desbordado. Por ello, nosotros, ni individual ni colectivamente los controlamos en absoluto. Esto es causa de nuestras dificultades para enfrentar con decisión nuestro devenir, nuestro futuro. Esto provoca que estemos a merced de la realidad, porque no disponemos de mecanismos, homologables a los de otros individuos y a los de otros colectivos, para dirigirnos o guiarnos en medio de la heterogeneidad social, económica o política del entorno.

A todo esto hay que añadir, por otro lado, que con el advenimiento del esto social y de derecho ha surgido con fuerza el interés por resolver nuestra marginación y nuestra pobreza mayoritarias, sometiéndonos así a una manipulación sobreañadida y "programada", en la que nosotros no participamos o se nos hace participar como agentes de ajenos intereses, los de la ideología y los de la sociedad dominantes.

Coincidiendo con el afianzamiento de la democracia, en nuestro país hemos dejado de ser unos problemáticos desconocidos para la España oficial, para las instituciones del Estado. Ya, por fin, están cuantificadas y calificadas nuestras carencias. Ya se conocen en medios políticos y administrativos las causas de nuestra marginación histórica y social. Pues como nunca, en estos últimos diez o

doce años, con precisión científica nos han estudiado y siguen siendo hoy muchas las personas y las instituciones que dedican ingentes cantidades de dinero y esfuerzo a ello. Pero ocupados en la absurda tarea de recoger datos sobre lo evidente se olvidan después ponerlos al servicio de la acción transformadora.

Podemos igualmente afirmar que los gitanos, en función de las limitaciones y reservas impuestas por nuestra dramática historia, hemos respondido con esperanza e ilusión al mínimo interés, gesto o señal de buena voluntad expresados por quienes detentan tanto el poder político, económico o social. Aunque casi siempre, esa voluntad se ha traducido por parte de las instituciones en resolver los problemas que tenían planteados por otros colectivos de ciudadanos, mientras que parcheaban solapadamente los nuestros. Igualmente, por nuestra parte, hemos demostrado hasta ahora nuestra poca conciencia colectiva, nuestra prácticamente nula cohesión cultural para hacer repercutir la voluntad institucional, cuando así lo hemos podido, en el conjunto de los nuestros. De cualquier manera, se ha hecho poco y, de ello, poco bien. Algo de esto que expongo debe de ser la razón o, mejor, la sinrazón de que los ciudadanos gitanos hayamos sufrido o contemplado con más dolor y preocupación que sorpresa la reaparición y el agudizamiento del racismo, la marginación y la violencia contra nosotros. Y ello, precisamente desde la llegada de la democracia. Cuando hemos alcanzado al fin nuestro derecho a ser iguales y distintos. Cuando la Constitución de 1978 consagra los principios del derecho a la igualdad y del respeto a la diferencia. Cuando ya somos todos, también los gitanos, ciudadanos españoles.

Paradójicamente estamos atravesando por uno de los momentos más graves de nuestra ya tensionada y difícil historia. Ni la confesada buena disposición del Estado, ni la dedicación esforzada de algunos parecen avanzar mucho en la tarea de acabar con la marginación y con la pobreza de los gitanos. Incluso hay indicadores que hacen interpretar lo contrario, que se retrocede. La ideología y la práctica económica de nuestro tiempo, los modos de producción y otros factores nos inducen a la pobreza. La estructuración corporativista y poco solidaria de la sociedad nos expele como indeseables porque nos consideran una carga, porque no aportamos ningún interés económico. Los gitanos somos hoy, en conjunto, más pobres y estamos más discriminados.

Parece igualmente como si el tímido despertar de la conciencia colectiva gitana, lo que se ha denominado "movimiento gitano" estuviera consiguiendo efectos negativos e inversos y se avivará más el fuego de la marginación y del racismo. Hoy, ni hay un "movimiento gitano" porque no son gitanos sus protagonistas y, lo más grave, no se cuenta con los gitanos. hoy, en nombre de los gitanos se silencian o se amasan intereses personales, o se compran adhesiones y voluntades. Y, al fin, los pocos gitanos que están al frente, lo están por las posibilidades que les han dado los gachós, no por la confianza que han puesto los gitanos en ellos. ¿Se puede hablar de "movimiento gitano" sin que haya un debate colectivo, en profundidad, de los objetivos que deben constituirlo?. ¿Se han intentado proyectos de participación que no se apoyen exclusivamente en las subvenciones o en el clientelismo político?. ¿Se permite la disensión en lo que se llama "movimiento gitano", en las asociaciones "gitanas"?.

Desde los años sesenta se ha venido originando y conformando un proceso de lucha (¿podríamos llamarlo así?) por la igualdad de los gitanos, por su integración plena en la sociedad española, por su promoción, por la liberación de su marginación y por la superación de su pobreza. Aunque estos objetivos no creo yo que estuvieran muy claros en la mente de aquellos iniciadores. En el principio, este proceso partió de gentes e institutos religiosos, eclesiásticos que vieron en los gitanos unos valores culturales concordantes con el espíritu cristiano, por un lado; y, por otro, la extrema pobreza, generalizada de la comunidad gitana, justificaba la dedicación de la Iglesia a estos desheredados. Lo primero que animaría a aquellos pioneros era la imperiosa necesidad de socorrer las necesidades de los gitanos, de pedir caridad para ellos a las instituciones del Estado. pero a no plantear o propiciar una lucha al uso, dentro de esquemas reivindicativos, de exigencia de derechos, de liberación. Entre otras razones, porque no se lo permitían las condiciones políticas del país (la Dictadura franquista), pero sobre todo, porque no había capacidad dentro del colectivo gitano para emprender tamaña empresa. Los gitanos hemos vivido mayoritariamente de espaldas al devenir de los tiempos, a remolque del progreso social y económico y fuera de las coordenadas de la industrialización y de la competitividad en todos los órdenes que caracterizan al mundo moderno. Sencillamente porque las condiciones, que históricamente se vienen dando, de marginación y desclasamiento, han evitado nuestro acompasamiento con el resto, con los no-gitanos. Y cuando ha ocurrido el milagro, puesto que de milagro ha de calificarse el hecho de ser gitano y lograr una capacitación intelectual o lograr una cierta posición económica, hemos desertado de nosotros mismos para integrarnos en el sistema social clasista, olvidándonos del interés o de los intereses colectivos. Y mientras los gitanos no superemos la marginación histórica, mientras los gitanos no nos ocupemos de dinamizar nuestra cultura y de dignificarla en el conjunto cultural de nuestro país, no podremos llamarnos individualmente gitanos. Debemos lograr una verdadera conciencia colectiva que nos haga artífices de nuestro futuro. Y no podemos ni debemos permitir que otros nos manipulen y nos interpreten, o que se superpongan los intereses personales a los colectivos. El interés por la "problemática gitana " ha movido al entusiasmo a muchos no-gitanos. A algunos, de tal modo le ha embargado la pasión de lo gitano, que se han entregado con desmedido afán reivindicativo y justiciero sacrificando sus días y sus noches a la causa gitana. hasta tal punto que se ha infiltrado insidiosamente la incapacidad de los gitanos para luchar por nuestro porvenir. para muchos gachós somos como una especie de espectáculo o somos la forma mejor de colmar en algunos sus ansias de aventura o de su actividad filantrópica o de sus inquietudes revolucionarias o Así que en la actualidad, nuestra cultura, nuestra identidad, está más que nunca en manos de los no-gitanos, a nivel social y a nivel institucional. Por tanto, ni para vivir plenamente nuestra cultura ni tampoco para sobrevivir como cultura estamos preparados. Nuestra identidad se coloca así en entredicho.

De ahí que el asociacionismo pueda constituir una esperanza y contribuir a la cimentación de nuestra cultura. Pero debemos verdaderamente asociarnos y debemos promover el asociacionismo. Lo que significa la participación efectiva de los asociados, mediante el diálogo, mediante el debate democrático de los fines asociativos. Y debemos asociarnos nosotros. Una asociación no es una empresa, para ganar dinero; tampoco es una forma de buscarse la vida de tres o cuatro con las subvenciones, ni tampoco es un modo de conseguir prestigio social. Las

asociaciones verdaderamente gitanas deben cumplir, desde mi punto de vista, con dos objetivos básicos e irrenunciables:

1. la reivindicación de nuestros derechos
2. la profundización y difusión de nuestra cultura

Es verdad que la escasa conciencia colectiva de los gitanos hace muy difícil la participación asociativa, pero debemos ir al paso que podamos ir, por nosotros mismos. Este es el único modo de reencontrarnos y si bien no es posible racionalizar el devenir, al menos hallaremos cuál es nuestro modo de ser único e insustituible, más pronto o más tarde. Y no conseguiremos nada si nos siguen puenteando los gachós o, gitanos sin conciencia y sin escrúpulos sirven intereses contrarios a los que dicen servir. En resumen, debemos asegurar, primero, nuestra supervivencia cultural, después nuestra libertad, y, después, nuestra dignidad.

Es un deber del Estado, no de las asociaciones gitanas, ni de los particulares por mucha buena voluntad que se les suponga, el de proveer los mecanismos y los medios favorecedores de la normalización y de la promoción de la ciudadanía gitana y de su cultura.

En relación al número de ciudadanos que se dicen o se reconocen como gitanos, y en el conjunto de las culturas de nuestro país, la cultura gitana es la que menos presencia específica tiene y mantiene. Esto es así como resultado de su larga persecución y su posterior marginación, por un lado; y, por otro, por la prácticamente nula presencia de puntos de referencia culturales estables y unificadores que vertebran su desarrollo o evolución. La cultura gitana se afirma como tal, sin embargo, en función de ciertos elementos tradicionales, costumbristas, heterogéneos y no autónomos. Es una cultura sometida desde antiguo a un proceso de aculturización continuo. La comunidad gitana nunca ha tenido la oportunidad, nunca ha intentado, ni tan siquiera se ha propuesto asumir el protagonismo que le pudiera corresponder en la construcción de su futuro como pueblo. No existe en la cultura gitana el rasgo o esfera de lo político, tal como se entiende usualmente. Aunque si "hay una organización política" pero podríamos denominarla de carácter doméstico, de supervivencia, nunca de más alcance. Y una cultura que no haga de la política su punto de referencia esencial no podrá sustraerse a sus riesgos y a sus azares.

La situación presente de la etnia gitana se explica por la totalidad de su pasado, es decir, por la historia de las realidades que en ella se dieron. Por tanto, aplicar soluciones, o lo que es lo mismo, proyectar el futuro de la comunidad gitana depende de una exhaustiva evaluación de su presente, remontándose lo más posible en las causas, quiero decir, en el pasado. Resultando en síntesis que la situación actual de los gitanos es la de una etnia en un proceso de aculturización progresiva que hace falta reconvertir mediante dos instrumentos:

- 1.- El dotarnos de una conciencia histórica que nos haga plenamente conscientes de las rupturas que caracterizan nuestra cultura hoy.

- 2.- El aceptar los cambios necesarios para paliar nuestras carencias culturales, que nos sitúen en el mundo de hoy, mediante las reformulaciones que lógicamente hará nuestra idiosincrasia cultural.

Lo primero se consigue mediante la educación, la formación y la capacitación intelectual y profesional. Lo segundo, con una pauta, pero firme, política social. Los dos procesos son lentos y, anótese, conflictivos. Pero sólo cuando se hayan superado las tensiones existentes se dará el desarrollo social pleno. De ahí que la efectividad de una auténtica y profunda política social gitana necesita de un requisito esencial: la tenacidad. Y, obviamente, otro: la participación del pueblo gitano, pero no como meros destinatarios de los programas que se articularan, sino también en la concepción de la programación de esa política e igualmente en la evaluación de sus resultados. Contribuyendo así, con todo, a realizar las matizaciones y los ajustes coyunturales o estructurales necesarios para una adecuada y eficaz actuación.

Una política de este tipo supondría para la comunidad gitana la posibilidad de ser tratada en pie de igualdad con el resto de las comunidades y culturas que conforman España. Sólo así se irían desvaneciendo los estereotipos a los que ha quedado reducida la cultura gitana. Ser gitano no es ser pobre, pedigüño, echar la buenaventura ni trabajar en una fragua. Eso no es ser gitano. Gitano es aquel que realiza lo que tiene y lo que hace, le da brillo, esplendor... El gitano ama, en suma, la libertad sobre todas las cosas pero no para estar mirando al sol sin hacer nada. Para nosotros la libertad es la cultura. De esa libertad surge un determinado sentido de la cultura, una respuesta personal y colectiva ante los estímulos externos. La libertad es pues el principio fundamental de la cultura gitana.

Quisiera, por último, hacer una consideración más. Nuestra Constitución consagra el respeto a la diferencia y a ella debemos atenernos. Ahora bien, no sólo existe el derecho de cada cual a su cultura, sino también el derecho al acceso de todos a la cultura.

Predicar el respeto a la diferencia no significa apostar por la cerrazón. No podemos volvernos insensibles a otros valores, de otras culturas. Lo que debemos es sustentar la concordia y la fraternidad entre los pueblos. Nosotros queremos vivir nuestras tradiciones. Vivirlas pero compartirlas. Sin dejar de conservar y encontrar en nuestros propios fondos los recursos necesarios para una renovación. Por otra parte, tan necesaria al hilo de los tiempos que corremos.

Reivindicar nuestra cultura no es pretender la división del mundo en entidades colectivas insuperables e irreductibles. Desde luego debemos poder tener acceso a la cultura común de nuestro país, como unos españoles más. La música de Falla, la pintura de Picasso o la poesía de Lorca, por ejemplo, no podrán entenderse sin la aportación particularísima de los gitanos andaluces al patrimonio común que constituye la cultura que hoy día nos define. Y, aún más, nuestro sentimiento, nuestra afectividad y nuestras relaciones personales, que están presididas por el desprendimiento y la generosidad, serían ininteligibles sin la contribución, una más, de los gitanos. Pero es, sin duda, en el fenómeno expresivo del cante donde se ha manifestado con singularidad y excelencia sin par la aleación preciosa y noble de todos los elementos que componen nuestro patrimonio cultural, sobre todo del

gitano. No pedimos caridad ni hospitalidad. Pues no somos unos excluidos (aunque nos han tratado como si lo fuésemos) sino unos marginados históricamente.

Como se deduce, del grado de instrucción, de la educación y de la cultura de toda la ciudadanía dependerá la convivencia y la vertebración de nuestro país. La cultura es, igualmente para los gitanos, el instrumento, sin duda, para que nos integremos como individuos y como comunidad, una más, al fin, en nuestro país, en nuestra patria.

Antonio Carmona. 1992